

alternativas fué depuesto por sus compañeros y enviado preso a Cuba, so pretexto de que fuera a dar su residencia. Allí le guardaba en efecto el licenciado Altamirano para tomársela; pero salió libre y absuelto de todo cargo. Por último el rey en premio de sus servicios, le nombró oidor de la audiencia de Santo Domingo, donde parece que terminó sus días en 1527. (1).

La carta que ahora publico fué dirigida al Padre Fray Luis de Figueroa, uno de los monjes gerónimos gobernadores de la Española, que ya había regresado a la Península. Del contexto del primer párrafo aparece que al regreso de Grijalva fué el licenciado uno de los que quisieron armar expedición para continuar los descubrimientos, y que Fray Luis se lo estorbó. La mayor parte de las noticias de la carta se encuentran en otros autores coetáneos; pero hay algunas cu-

(1)—Estas noticias biográficas del licenciado Zuazo se han extractado de las que publicó don Martín Fernández de Navarrete en el tomo II de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, pág. 375.

rias por su exageración, distinguiéndose entre todas la singularísima de existir entre los Indios el tribunal de la Inquisición. Con razón dice el autor que fué cosa "de que yo mas admiracion ove que de todas las pasadas".

El grave letrado no creyó ofensivas a la decencia ciertas expresiones que estampó hacia el fin de su carta; pero no ha sido posible permitir que la imprenta las reproduzca. Fuera de eso se ha seguido fielmente el manuscrito remitido de Boston por el Sr. W. H. Prescott.

En el lugar citado de la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, se encuentra una larga carta de Zuazo al Señor de Xebres (Mr. de Chiebres) en que le da noticia de los excesos cometidos contra los Indios de la Española, e indica varios remedios, entre ellos la importación de negros.

*Obras de D. J. García Icazbalceta*. México. 1899, tomo IX, p. 371-373.

# Efemérides Dominicanas

## VI

### PEDRO FLORENTINO Y SU INFLUENCIA NEFASTA EN LA GUERRA RESTAURADORA

El grito de Capotillo había repercutido en las comarcas del Sur.

Las comunes fronteras respondieron sin tardanza al reclamo del patriotismo, habiendo sido la primera en acogerlo la del Cercado, en donde el coronel Mariano Rodríguez Objío, con los pocos patriotas que pudo reunir, se adhirió al movimiento restaurador. No tardó éste en extenderse, acaudillado por el general Pedro Florentino, que gozaba de algún prestigio en San Juan y las Matas, como autoridad que había sido en aquellos lugares, y el cual unificó bajo su mando la acción de las diferentes partidas.

Era éste un militar no mal parecido, alto, de color indio oscuro, enérgico, pero imbuído en esta idea obsesionante: la preocupación de raza, nueva entre los dominicanos —tal vez adquirida en el trato con los vecinos de Occidente, y la ambición ferozmente egoísta que le inducía a procurar la autoridad como

medio de destruir a sus contrarios en política, los santanistas. Hombre ignorante, por lo demás, pudo fácilmente persuadirse de que, siendo blancos los españoles, todos los blancos eran necesariamente enemigos y debían exterminarse como elementos perniciosos, contrarios a la causa restauradora.

Impelido por tan funesta tendencia marchó sobre la capital en cumplimiento de probables órdenes, recibidas del Gobierno provisorio, quien viera en él un auxiliar eficaz en las peripecias de aquella ruda campaña, hecha sin medios, alimentada por los servicios voluntarios y prestaciones personales de los vecinos, sin más recursos a veces que los elementos arrancados al enemigo.

Entró a Azua, ya evacuada por los españoles, conforme al plan de concentración del capitán general Rivero, de modo que no halló resistencia en aquella población. Esto no obstante, queriendo despertar



el entusiasmo y la adhesión de sus tropas, ofreciéndoles el pillaje. Refieren las crónicas cómo se dispersaron las atribuladas familias azuanas en su fuga a los pueblos vecinos, ya por mar, ya por tierra, al acercarse la soldadesca desenfundada; hízose cada cual de lo que a última hora pudo recoger, en el concepto de que cuanto dejaba por detrás era perdido.

Algún tiempo permaneció el nuevo Atila acampado en Azua, desde donde en vez de hostilizar resueltamente al enemigo, ocupábase tan sólo en ordenar prisiones y el envío en calidad de rehenes de todos aquellos a quienes juzgaba sospechosos por el color de su piel o el desembarazo de su fortuna.

Al llegar la vanguardia a Baní bajo el mando del General Aniceto Martínez, ya el coronel Valera había pronunciado la plaza en favor del movimiento restaurador. Es fama que, cuando éste fué a darle queja de los desórdenes promovidos por las tropas en su entrada a la población, aquél se negó a refrenarlos, poniéndole por condición que le acompañase a las avanzadas para sacar las tropas del pueblo y seguir ruta con ellas, a lo que accedió el querellante, más, cuando ya regresaban juntos, a raíz del descalabro de Doñana, le dice aquél, poniéndole la mano en el hombro: "Está usted preso", y junto con su hermano, lo envía bajo custodia a la Comandancia de Baní, todo ello en virtud de instrucciones recibidas de su jefe.

Tales violencias, sumadas a los atropellos ya ordenados, dieron por resultado que los elementos más valiosos de aquella línea del Sur, casi todos pertenecientes a las reservas, se consultasen en las inmediaciones, temerosos de persecuciones injustas.

La columna de Florentino llegó, sin encontrar resistencia, hasta Haina, en donde, como ya hemos apuntado, hubo de retroceder a Doñana. Envalentonado con los fáciles triunfos alcanzados, que le hacían concebir la esperanza de entrar el primero en la capital, exclamaba en sus devaneos el muy imprudente caudillo: "Aquí va el rey de los negros..."

Pero la suerte no le fué propicia. En aquella posición fué atacada la columna por un destacamento que el general la Gándara, situado en San Cristóbal, envió para inquietarla, y ante el cual se dispersaron aquellas fuerzas sin cohesión ni disciplina.

El general enemigo, juzgando cuán fácil le sería arrollar tales adversarios, rescatando a la vez la abandonada línea, mandó solicitar refuerzos a la capital, con el propósito de organizar una columna expedicionaria. Al efecto destacó el capitán de E. M. Weyler, con 160 hombres, los que desde su salida de San

Cristóbal fueron atacados y envueltos por las guerrillas dominicanas diseminadas en aquellos contornos. Pero, como venía con el dicho destacamento el comandante de la reserva Luis Marcano, con buenos prácticos, hizo desechar a la tropa el lecho de los arroyos y otros lugares propicios a emboscadas, siguiendo siempre el firme, y conduciendo el destacamento sin grandes pérdidas hasta el Haina, por cuya hazaña mereció ser condecorado el futuro capitán general Weyler, con la cruz de San Fernando.

El capitán general Vargas envió los refuerzos pedidos que permitieron realizar sin dificultad la proyectada operación.

En su retirada tumultuaria la columna de los patriotas cometía toda clase de depredaciones. En Yaguaité pasan fuerzas desbandadas por la hacienda del francés Mr. Ons (1), extranjero acaudalado, que es agredido con crueldad inaudita, sin respeto, por la bandera izada en su propiedad, para obligarle a declarar en dónde tenía guardado su dinero. Murió éste a consecuencia de los golpes recibidos, y aquéllas, al retirarse, queman no sólo la casa y los grandes depósitos de maderas allí almacenadas, sino que también todo el floreciente caserío, morada de los dueños de los activos *cortes* cercanos.

Pedro Florentino había llegado hasta Baní. Incapaz de levantar la moral de la tropa ni de presentar batalla al enemigo, siguió, arrastrado por aquélla, en busca de su guarida fronteriza, mas no sin que antes germinase en su cerebro perturbado por el licor, al resplandor del incendio de la simpática villa de los techos pajizos, una idea diabólica: la de lavar en la sangre de los dominicanos afines por su color a España, la afrenta que de los soldados de ésta recibiera.

A unos ochenta, según el relato de personas fidedignas, alcanzó el número de los prisioneros pacíficos que aquel tigre sediento de sangre despachara, atados unos con otros, para el Sur, con el fin de que los macheteasen en el camino —escena que sin duda no se había renovado en nuestro suelo desde la matanza de los infortunados caciques de Jaragua por los ayudantes del inflexible comendador de Lares, D. Nicolás de Ovando, o la ejecución de los innúmeros del regimiento Ozama, diezmado por el sanguinario Toussaint Louverture—.

De la inmensa horrenda hecatombe, formaron parte los tres hermanos Mota —Gabriel, Ezequiel y Pancho—, como también Eulogio R. Fiallo, que ha-

(1) La extinción de este apellido en la comarca del Sur nos induce a creer que procedía de inmigrantes haitianos.

bia sido gobernador de Barahona y era persona de trato suave y cultísima.

Alguno hubo, como el azuano Camilito de Castro, a quien el machete cortador devolviera inesperadamente la libertad, al tronchar el hilo con que estaba atado a otra víctima, de lo que aprovechó para fugarse.

En otra remesa de presos había ordenado el obsecado cabecilla que le remitieran a los detenidos José Valera, su hermano Domingo, y Modesto Díaz, con Manuel Lluberes y unos seis más que marchaban a pie. El oficial de la escolta, que no podía ver impasible las tendencias racistas del jefe, hizo pasar a los tres primeros un papelito que llevaba escritas estas palabras: "Los llevan al matadero". Esto dió lugar a que al llegar a Matanzas, apartáranse aquellos de la escolta, a pretexto de tomar café en la vivienda de unos amigos, mas en realidad, con el propósito de embriagar a sus guardianes y de allí fugarse, como hubieron de verificarlo, con rumbo a San Cristóbal, en donde se incorporaron a la columna española del general Gándara. Manuel Lluberes y los demás compañeros volvieron a Baní con el oficial y pudieron salvarse, gracias al desconcierto que allí reinaba en aquellos momentos.

El comandante Máximo Gómez y su cuñado, el comandante Santiago Pérez, que andaban ocultos por el Maniel, incorporáronse también, por motivos idénticos, a la mencionada columna, en la que formaban otros dominicanos, como el general Puello, los Alfau, el coronel Wenceslao Figuereo, Telésforo Objío y un hijo de éste.

El señor Juan Tejeda, hoy general en licencia del ejército español, residente en esta capital, y que no pertenecía entonces al ejército, incorporóse a su vez, con su padre y tres hermanos más, después de haber sido presos en el hatillo de Nizao por orden del famoso jefe de línea, y haberse fugado.

Difícil parece a primera vista apreciar en toda su extensión las consecuencias de la actitud asumida por el general Pedro Florentino, al extremar su encono contra el grupo de los bien nacidos banilejos y todos los moradores de piel clara en el Sur.

Por de pronto hubo de sufrir un gran retroceso en su marcha la revolución restauradora al restársele las simpatías del elemento más culto y valioso de aquella comarca, circunstancia que obligó al Gobierno provisorio de Santiago a desplegar grandes esfuerzos y no pocos recursos, ya con Salcedo, ya con Luperón, ya con el general Mella, ya con el general

Manuel María Castillo, ya, por fin, con el general Cabral, para neutralizar los efectos de aquellos desmanes, perpetrados por sus propios defensores.

Fué una pérdida irreparable la que sufrió la causa nacional al ser privada del concurso de los futuros caudillos de la guerra de Cuba, Máximo Gómez, Pepe Valera, Modesto Díaz, Francisco J. Heredia, los tres hermanos Tejeda, los Pérez, los hermanos Marcano, los Abreu y otros más.

Estos, de no mediar aquella circunstancia, habrían seguido cobijados por el pabellón cruzado, dando acaso días de gloria a la renaciente República, así como supieron darlos con sus hechos en otro escenario, ya a la antigua Madre Patria, ya a la nueva patria americana que los más de ellos contribuyeron a fundar con la pujanza de su brazo y la eficacia de sus virtudes guerreras.

El bárbaro e inconsciente caudillo que así contrarrestó el desenvolvimiento de la causa nacional, murió a manos de uno de sus tenientes, asesinado en su propia casa de los alrededores de San Juan —otros dicen en Verette—, por el comandante Juan Rondón, celoso de la autoridad de aquél y de los beneficios que ésta le reportaba. ¿Obró por cuenta propia, o en cumplimiento de órdenes emanadas del Gobierno provisorio que le sirvieran de pretexto para saciar, a su vez, una venganza contra su odiado jefe? Lo primero es lo probable, aunque no nos ha sido posible averiguarlo.

La despiadada persecución ejercida por el general Florentino explica, sí, la decisión de los principales jefes de las reservas dominicanas al incorporarse a las filas de los contrarios, como único medio de salvación para ellos.

Su adhesión a la causa española no fué asunto de personal inclinación, sino cuestión de imprescindible garantía de vida o muerte; por manera que, al privar de tan precioso concurso a la causa que servía, se hizo reo el salvaje cabecilla, del delito más grave contra el interés de la patria, convirtiéndose en auxiliar de sus enemigos... y también, acaso, en inconsciente instrumento de un destino inexorable que entre las sombras del futuro ocultaba la caída de una bandera colonial arrancada del tope de su última fortaleza en América.

A nada conduciría el indagar hoy cuál habría sido la marcha de la campaña restauradora sin la encarnizada persecución del general Florentino contra las reservas dominicanas; mas sí debemos aprovechar la oportunidad para volver por el buen nombre de



aquellos oficiales cuya conducta pudo ser juzgada por algunos como antipatriótica, siendo así que nunca dejaron de ser buenos y leales dominicanos. En prueba de tal aserto bástenos aducir la correcta actitud por esos mismos jefes observada en el departamento oriental de Cuba al llegar allí la noticia de los barruntos de guerra entre Haití y Santo Domingo en 1884. En aquel momento solemne la resolución unánime de los jefes dominicanos de servicio en las filas peninsulares fué pasar una circular a todos los compañeros residentes en la vecina isla, manifestándoles el juramento hecho por ellos y al cual les pedían que

se adhiriesen, de renunciar a los grados y honores alcanzados en las filas españolas para volar en defensa de la patria de su nacimiento.

Entre los que así supieron cumplir con su deber, hemos oído citar los nombres de Nicolás y Armando Pérez, los Valera, Heredia, Ravelo, los tres Tejeda, Lucas y Tomás Castro, los Soto y algunos más que tal vez olvidamos. ¿Era esto ser malos dominicanos?

*Eliseo GRULLON.*

Listín Diario, Núm. 7288.  
15 de sept. de 1913.

# I Congreso Hispanoamericano de Historia

## CONCLUSIONES

El I Congreso Hispanoamericano de Historia, reunido en Madrid en octubre de 1949, formula las siguientes conclusiones:

*Con carácter general*, el Congreso declara:

1º—Que en el estado actual de las investigaciones y conocimientos históricos es imposible formular con caracteres definitivos una teoría general sobre la Revolución Americana y la Independencia de América, que fué su consecuencia.

2º—Que es de la mayor importancia, para que oportunamente pueda formularse dicha teoría general, la coordinación de los estudios y esfuerzos de los historiadores del mundo hispánico, así como el eficaz e intenso desarrollo de la publicación y difusión de las fuentes documentales existentes en los archivos hispanoamericanos.

3º—No obstante lo expuesto en el número primero, puede afirmarse que la revolución Americana no es un episodio aislado, cuya explicación deba buscarse en la brusca actuación de una o varias causas concretas, sino un proceso espiritual completo, vinculado a la historia universal, y para cuya comprensión es menester el conocimiento profundo de la historia pre-revolucionaria. De esta manera, la ruptura de la unidad política del mundo hispanoamericano no puede considerarse como una disgregación de la unidad histórica anterior regida por España, sino como

un fenómeno acaecido dentro de una superior unidad espiritual, cuyos protagonistas principales actúan en tal proceso por causas y con propósitos diferentes entre sí.

*Como resoluciones prácticas*, el Congreso ha aprobado las siguientes:

1º—Para estimular el cumplimiento de los acuerdos de este I Congreso Hispanoamericano de Historia y preparar la próxima reunión se resuelve crear la "Asociación Hispanoamericana de Historia" y encargar a una Comisión Permanente Delegada del mismo Congreso las tareas siguientes:

a) Organizar la "Asociación Hispanoamericana de Historia", cuya manifestación exterior colectiva más importante serán los Congresos Hispanoamericanos de Historia, que deberán reunirse cada tres años en la ciudad que a este efecto sea designada en cada caso por el Congreso precedente.

b) Convocar el II Congreso Hispanoamericano de Historia, que deberá reunirse en Caracas en 1952, y para el cual se propone el tema general "La influencia hispánica en la formación de las sociedades hispanoamericanas"; ese tema habrá de ser tratado según una serie de aspectos concretos, entre los cuales figurarán por lo menos los siguientes: 1º— "La influencia religiosa en la formación de la conciencia de los pueblos hispanoamericanos", 2º— "Influencia de las insti-

